



HAL
open science

Cuando la erupción enterró un canal. Martinica, Nicaragua, Panamá, ensayo de historia conectada

Renée Clémentine Lucien, David Marcihacy

► To cite this version:

Renée Clémentine Lucien, David Marcihacy. Cuando la erupción enterró un canal. Martinica, Nicaragua, Panamá, ensayo de historia conectada. María Dolores Lorenzo, Miguel Rodríguez y David Marcihacy. *Historiar las catástrofes*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2020, 978-607-30-2583-6. hal-03805153

HAL Id: hal-03805153

<https://hal.science/hal-03805153v1>

Submitted on 26 Oct 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Históricas Digital

Renée-Clémentine Lucien y David Marcihacy

“Cuando la erupción enterró un canal. Martinica, Nicaragua y Panamá: ensayo de historia conectada”

p. 187-218

Historiar las catástrofes

María Dolores Lorenzo, Miguel Rodríguez y David Marcihacy
(coordinación e introducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Sobornne Université,
Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes
Ibériques Contemporains, Civilisations et Littératures
d’Espagne et Amérique

2019

384 p.

Figuras

(Historia General 38)

ISBN 978-607-30-2583-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de abril de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/709/historiar_catastrofes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CUANDO LA ERUPCIÓN ENTERRÓ UN CANAL

MARTINICA, NICARAGUA Y PANAMÁ:
ENSAYO DE HISTORIA CONECTADA

RENÉE-CLÉMENTINE LUCIEN
DAVID MARCILHACY

Los fenómenos naturales paroxísticos no han dejado de afectar el área geográfica que abarca el archipiélago caribeño y la América Central, por el alto número de volcanes activos y la constante subducción de la placa americana bajo la caribeña, la cual provoca terremotos seguidos de tsunamis, sin olvidar ciclones y huracanes devastadores. Por supuesto, estas manifestaciones catastróficas y la vulnerabilidad a la que están expuestas las poblaciones de dicha área estructuran su conciencia colectiva, su imaginario y sus identidades. Las sociedades fluctúan entre la necesidad insoslayable de anamnesis, o sea volver a la historia y la memoria de los desastres, y olvidar para superar los traumas y lograr la imprescindible resiliencia con vistas a seguir adelante y reanudar la vida social.

También repercuten dichos cataclismos en los derroteros de la planificación administrativa territorial, las relaciones y los tratados geopolíticos entre las naciones, como fue el caso a finales del siglo XIX y principios del XX, puesto que toda el área se ubica en el núcleo de una zona estratégica de importancia crucial. De hecho influyó en esas decisiones la proximidad con la zona interoceánica entre el Atlántico y el Pacífico —señaladamente, el Istmo de Panamá—, donde por mucho tiempo se han proyectado infraestructuras faraónicas y se han expresado las rivalidades de las grandes potencias. Así, las ambiciones de Gran Bretaña y Francia sufrieron a partir de mediados del siglo XIX la competencia de Estados Unidos, que, después de la Guerra de Secesión, impulsó una dinámica de fomento capita-



lista basada en el tráfico marítimo y el intercambio de bienes cada vez más lucrativos.

La reiteración de cataclismos en el área caribeña y centroamericana hizo más visibles y emblemáticos algunos sitios neurálgicos de esta zona que los científicos y autores de relatos de viajes no dejaron de identificar, alimentando de esta manera las representaciones e imaginarios asociados con estos parajes. Buena señal de dicho proceso se advierte en la mediatización de aquellas catástrofes, proceso que se expresó a través de la prensa, los relatos sensacionalistas y la fotografía científica y periodística, así como las películas de catástrofes reconstituidas. Todos estos medios recurrían a códigos narrativos y estereotipos, gramática que incluyó hasta la intericonicidad para crear paralelismos con figuras arquetípicas de esos fenómenos excepcionales. En un contexto de revolución de las comunicaciones marcado por el surgimiento de agencias de noticias conectadas a nivel mundial, este conjunto de relatos influyó considerablemente en la recepción casi instantánea de aquellos desastres a escala local, nacional e internacional. Así ocurrió con la difusión de las imágenes de la erupción del 8 de mayo de 1902 de la Montagne Pelée de Martinica (el Monte Pelado o la Montaña Pelada) y el total arrasamiento de la ciudad de Saint-Pierre, la capital económica de aquella colonia francesa, que convirtió a la catástrofe en un auténtico *événement-monde*.¹

Las repercusiones excepcionales de aquel evento exhibieron brutalmente la vulnerabilidad de las sociedades, aun las más desarrolladas. En los ámbitos tanto político como científico, las múltiples incidencias se leyeron a partir de testimonios de diplomáticos, en particular estadounidenses, de funcionarios del Estado francés, de reporteros procedentes de la gran prensa internacional y de científicos tanto franceses como extranjeros atraídos por el carácter inaudito de la erupción, todo lo cual propició un conocimiento sin par de la geología, de la tipología climática, del comportamiento de la población y, en fin, de la sociología de la catástrofe. Lo más decisivo fue la creación de una taxonomía de las

¹ Jean-François Sirinelli, *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, a. 4, n. 76, 2002, p. 35-38.

erupciones y de su impacto en el medio marítimo, en la fauna y en la flora tras un trauma tan intenso.

Nos enfocaremos, por tanto, en una catástrofe: la erupción del Monte Pelée de Martinica, considerada una de las más paroxísticas de principios del siglo XX, y en los relatos que desde varias perspectivas —religiosa, sensacionalista, científica, etcétera— se construyeron en torno al desastre para darle sentido, así como en las repercusiones sociales y geopolíticas del fenómeno en la región hasta la década de 1910. Adoptando la perspectiva de historias conectadas, este análisis se articulará con los condicionantes de dichas interpretaciones, o sea la persistencia de mentalidades supersticiosas refractarias a la ciencia, el papel de los líderes de opinión y grupos dominantes, los intereses económicos en juego, la mediatización inaudita de una catástrofe natural, así como la obsesión de la época por construir un canal en América Central —vía Nicaragua y luego Panamá—, que luego originó un nuevo desastre de índole humana y ecológica.

*La catástrofe de Saint-Pierre, un acontecimiento mundial
de repercusiones inauditas*

El Monte Pelée se sitúa en el extremo norte de la isla de Martinica y culmina a 1397 m de altitud. Se define como un estrato-volcán extendido en una superficie de 120 km². Así fue llamado por los franceses al desembarcar éstos en la isla en 1635, después de una erupción reciente, y descubrir las pendientes sin vegetación. Otro origen de su nombre procedería del culto de los indios caribes a la divinidad Pele, cuyas cóleras serían la causa del estruendo y los sobresaltos del volcán. Dicha actividad volcánica fue forjando el destino y la imagen de la emblemática ciudad de Saint-Pierre, fundada al pie del volcán, en tanto capital administrativa, poco después de la llegada de los franceses.

Las numerosas obras que se dedicaron a describir la catástrofe del Monte Pelée en los años que siguieron a aquel acontecimiento insisten todas en el brillo y fasto de la ciudad de Saint-Pierre, que había alcanzado un desarrollo excepcional, constituía el principal foco de atracción del Caribe francés y, en cuestión de minutos, resultó



Figura 1. Saint-Pierre de Martinica. Vista general, 1901, © Archives départementales de la Martinique

literalmente aniquilada.² Bautizada el “Pequeño París de las Antillas”, Saint-Pierre era una ciudad floreciente, de aproximadamente 30 000 habitantes.

Principal centro comercial de la colonia, se volvió uno de los primeros exportadores mundiales de ron, por beneficiarse de una bahía de fácil anclaje para los barcos. Emblema de la ciudad civilizada, estaba dotada de luz eléctrica, de un tranvía —eso sí, de tracción animal— y de un teatro a la italiana cuya arquitectura reproducía el de Burdeos. Era, en fin —en palabras de un cónsul estadounidense que había residido en la ciudad—, todo un ejemplar del refinamiento francés situado en una isla exuberante que se comparaba con un pequeño paraíso terrenal.³

² Un ejemplo de descripción de la ciudad lo brinda Angelo Heilprin, *Mont Pelée and the Tragedy of Martinique: A Study of the Great Catastrophes of 1902, with Observations and Experiences in the Field*, Filadelfia-Londres, J.B. Lippincott Company, 1903, p. 16-34.

³ William A. Garesché, *Complete Story of the Martinique and St Vincent Horrors*, Nueva York, L. G. Stahl, 1902, p. 9-13.

La última erupción del Monte Pelée se remontaba a 1851 y la población, que consideraba extinto el volcán, sintió honda preocupación cuando la montaña empezó a producir fenómenos naturales anormales hacia febrero de 1902. Un fuerte olor a azufre, fragores que venían de las entrañas de la tierra, explosiones freáticas, nubes de cenizas, aluviones de insectos bajando por los flancos de la montaña, signos todos ellos precursores de la catástrofe, se acumularon e intensificaron hasta que el 5 de mayo una colada de lodo hirviendo se llevó el ingenio Guérin, cuyas instalaciones y trabajadores fueron simple y sencillamente tragados por la tierra, mientras un repentino maremoto devastó el bajo Saint-Pierre.⁴

A pesar de la inquietud que fue creciendo en la población, fueron muy pocos habitantes los que desalojaron el lugar para refugiarse en el sur de la isla y, a la inversa, acudieron a Saint-Pierre muchos campesinos procedentes de las laderas del volcán, pensando encontrar allí un refugio seguro. Al respecto, cabe precisar que las autoridades y los notables de la ciudad hicieron todo por minimizar el peligro y evitar que se evacuara la ciudad. Y es que el 11 de mayo estaban previstas elecciones legislativas parciales y convenía ante todo impedir que cundiera el pánico. El 7 de mayo, el gobernador de la colonia, Louis Mouttet, reunió una “comisión científica” de evaluación de riesgos⁵ que concluyó que los fenómenos observados no tenían nada de anormal y que la ubicación de Saint-Pierre a 6 km del volcán la ponía a salvo de una eventual colada de lava, estimación que se publicó el mismo día con carteles en toda la ciudad.⁶ Por su parte, el principal periódico de Martinica, *Les Colonies*, cercano a las elites *bekés* (o sea criollas), no dudó en mofarse de quienes se alarmaban por la situación, y el propio gobernador hizo colocar la tropa en las entradas de la ciudad para limitar las salidas.⁷

⁴ Estos eventos precursores los describe bien el reportero Jean Hess, *La catastrophe de la Martinique. Notes d'un reporter*, París, Eugène Fasquelle, 1902, p. 237.

⁵ “Décision nommant une commission chargée de constater l'importance et les progrès de l'éruption de la Montagne Pelée”, *Journal Officiel de la Martinique* 37, 9 de mayo de 1902, p. 1.

⁶ Hess, *La catastrophe de la Martinique...*, p. 248.

⁷ “Les volcans” y “Autour d'une catastrophe”, *Les Colonies*, 7 de mayo de 1902, p. 1.

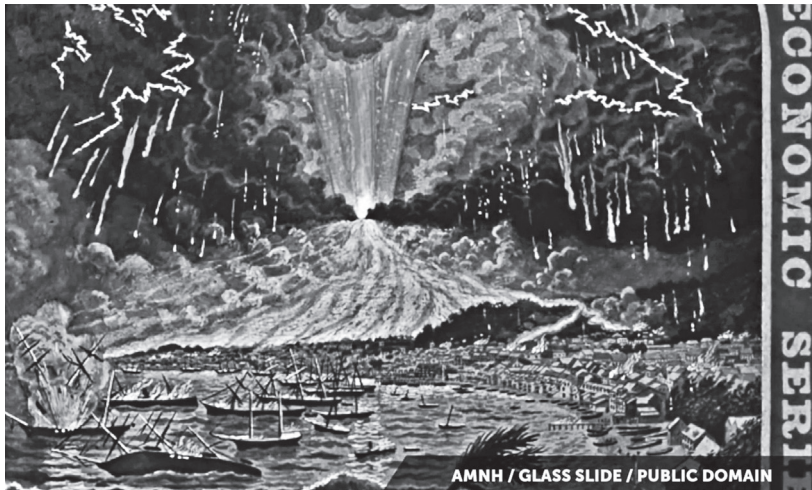


Figura 2. Sello postal del Monte Pelée en erupción. Estados Unidos, 1902

Al día siguiente, 8 de mayo, a las 7:52 de la madrugada, tuvo lugar el cataclismo. El tapón del cráter explotó, formando una inmensa columna de 4 km de alto con aspecto de champiñón que luego se desplomó en forma de una enorme y ardiente nube devastadora.

Las cenizas y los gases volcánicos caldeados a 1000 grados bajaron por las laderas a más de 500 km/h y se abatieron sobre la ciudad. La onda destruyó todas las paredes que no fueran paralelas a la montaña y el calor inmenso abrasó casi instantáneamente toda la ciudad, haciendo explotar las barricas de ron allí almacenadas. Desapareció la ciudad en un gigantesco incendio que terminó de aniquilarla en breves instantes, mientras caía un diluvio de cenizas y rocas volcánicas en fusión en los barcos de la bahía, que se incendiaron en el mar hirviente. De ello dio cuenta en un telegrama el capitán del barco *Suchet* que navegaba en la bahía:

Fort-de-France, 8 mai, soir. Commandant du *Suchet* à Marine, Paris.

Reviens de Saint-Pierre. Ville complètement détruite par masse de feu. Vers huit heures, volcan projeta masse considérable fumée et terre. Sitôt après trombe de feu. Instantanément toute la ville était en flammes, navires démâtés et incendiés. Pluies de roches dura un quart d'heure. Je suis arrivé Saint-Pierre deux heures soir, sauvant quelques



personnes provenant navires. Pas aperçu êtres vivants dans ville, où impossible de pénétrer. Nombreux cadavres près du quai.⁸

El balance fue aterrador. Unos 30 000 habitantes perecieron en pocos minutos, asfixiados la mayoría, quemados vivos los demás. No quedó casi nada del París de las Antillas, sino ruinas. Dos réplicas acabarían de destruir la ciudad y sus alrededores —Morne-Rouge y Ajoupa-Bouillon—, el 20 de mayo y el 30 de agosto, acrecentando la zona devastada. Por aquellos meses, una terrible actividad sísmica devastaba todo el Caribe y la América Central; en Nicaragua, el 24 de marzo, hubo una primera erupción del volcán Momotombo, a orillas del Lago Nicaragua, seguida el 14 de mayo de una réplica que azotó la región, originando numerosos terremotos. Asimismo, la Soufrière de la isla antillana de Saint-Vincent hizo erupción poco antes del Monte Pelée y sepultó a 1 600 personas.

La catástrofe de Saint-Pierre cobró muy pronto un carácter inédito, no sólo por sus proporciones y consecuencias dramáticas sino porque constituyó en el acto un acontecimiento de alcance mundial, un auténtico *événement-monde*. En este sentido, puede considerarse la primera catástrofe natural instantáneamente mediatizada a escala mundial, mucho más que la terrible erupción del Krakatoa en Indonesia en 1883.⁹ Los progresos de la comunicación habían registrado una aceleración sin precedentes en las últimas décadas del siglo XIX: el desarrollo del telégrafo, los primeros pasos de la transmisión inalámbrica, los numerosos títulos de prensa ilustrada y la edición en rotativa aseguraron una difusión casi instantánea y universal al desastre del Monte Pelée. En un par de días, la noticia se propagó por todas las agencias de prensa internacional y ocupó las portadas de los grandes periódicos, como los de Estados Unidos y Canadá, con titulares perturbadores.¹⁰

⁸ Telegrama del comandante Le Bris el 9 de mayo, reproducido en *La dépeche coloniale illustrée*, 31 de mayo de 1902, p. 10.

⁹ La erupción del Krakatoa en la actual Indonesia causó unos 36 000 muertos, pero la noticia no pudo difundirse tan rápidamente por no existir una red tan nutrida de agencias de prensa internacionales.

¹⁰ Véase por ejemplo “Épouvantable catastrophe. La ville de Saint-Pierre, capitale de la Martinique, complètement détruite. Une immense masse de feu provenant du Mont Pelée est tombée sur la ville”, *La Patrie*, 9 de mayo de 1902, p. 1.

“Days of horror”: las modalidades de la mediatización
de la catástrofe del Monte Pelée y su recepción

La mediatización de aquella catástrofe tradujo el estupor, desconcierto y curiosidad de la opinión pública internacional ante la destrucción de Saint-Pierre y sus habitantes. Tanto la prensa como el mundo de la edición dieron amplia cuenta de este acuciente interés: se multiplicaron las obras de literatos de todo género, escritores, testigos, viajeros, diplomáticos, científicos, etcétera. Las descripciones son minuciosas y detalladas, y relatan con toda su abrumadora crudeza la aniquilación de paisajes y urbanizaciones y la terrible agonía de los habitantes. Citemos tan sólo al escritor-viajero estadounidense Marshall Everett,¹¹ especializado en la literatura de desastres, que publicó aquel mismo año un libro titulado *The Complete Story of the Martinique Horror and Other Great Disasters*, fruto de una investigación de campo realizada en el lugar de los hechos. En él se hace testigo del “terrible holocausto del 8 de Mayo”, describiendo la avalancha de fuego que arrasó la ciudad y las destrucciones que causaron la “mayor calamidad del hemisferio occidental”, según sus palabras.¹²

Tanto estas obras como la prensa acompañaron sus descripciones con numerosos grabados y fotografías que vehiculan un proceso de estetización de la catástrofe. Por las múltiples sensaciones que suscitan, los desastres naturales despiertan en el ser humano emociones vinculadas con la belleza y la potencia descomunales de la naturaleza. Ahí figuran las imágenes más perturbadoras que quedaron grabadas en la memoria colectiva: el inmenso y amenazante penacho de humo en forma de coliflor, la temible nube ardiente, la aguja del Monte Pelée, el paisaje desolado de un Saint-Pierre devastado... en brutal contraste con láminas de la ciudad alegre y próspera que había sido antes. Muy pronto se editaron postales que reflejan la fascinación ejercida por aquel desastre.

¹¹ Seudónimo de Henry Neil (1863-1939).

¹² Marshall Everett, *The Complete Story of The Martinique Horror and Other Great Disasters*, Chicago, L. G. Stahl, 1902, p. 7-41.

Como dice François Walter,¹³ el catastrofismo constituye un tema romántico por lo que contiene de dramatismo y de emociones intensas, y contribuye a encantar de nuevo a una naturaleza cuyos fenómenos parecían haberse dominado con los progresos de la ciencia. Refiriéndose al arte de la catástrofe, él habla de una estética ecológica fundamentalmente relacional, en el sentido de que —en una época de secularización— instauro una nueva relación existencial entre el sujeto observador y su entorno natural. Lo cierto es que, mediante artículos, libros, postales mandadas a los suyos y hasta espectáculos que pretendieron reproducir el trágico acontecimiento, se produjo una gran comunión al compartirse sentimientos y vivencias.

Y es que este tipo de acontecimientos atraía a un público muy amplio. Una primera manifestación de ello son las excursiones organizadas en los meses siguientes para los viajeros metropolitanos o extranjeros atraídos por las ruinas de Saint-Pierre. Desde Fort-de-France se invitaba a los turistas a visitar “The dead City of St. Pierre”. Los guías describían a su grupo en qué posiciones se habían hallado los cadáveres, testimonios ya desaparecidos de las vidas brutalmente segadas. Un ejemplo más es el relato del sacerdote canadiense William Richard Harris, que publicó las impresiones de su experiencia en Saint-Pierre en un libro de 1905. “‘Here’, said our guide, stopping us, ‘stood a house where we found six bodies, three of them apparently asleep. In a small room lay a young girl who had finished her toilet before the upright mirror. In her right hand she held a Prayer Book, around her left wrist was wound her rosary. No doubt she was just going to mass’”.¹⁴

Quienes relataron estas excursiones recalcan todos el silencio mortal de la ciudad, como si estuviera vaciada de cualquier vida humana o animal.¹⁵ El geólogo americano Angelo Heilprin describe perfectamente y sin esconder su emoción el espectáculo de desolación y de soledad que ofrecían estas ruinas a quienes las visitaban, atentos a las huellas de lo que pudo haber existido antes

¹³ François Walter, *Catastrophes: une histoire culturelle (XVIe- XXIe siècles)*, París, Seuil, 2008, p. 170-172.

¹⁴ William Richard Harris, *Days and Nights in The Tropics*, Toronto, Morang & Co Limited, 1905, p. 7.

¹⁵ *Ibid.*, p. 74-81.

Yet stranger things were found here. [...] High up in the town I found the sounding-board of a piano, with many of its strings still tightly wound about their pegs. All this seemed more like a dream than a reality. [...] We wandered sadly along. One of our party told us that a group of bodies lay near. Yes, in the bath-room of a private house lay six, burned in flesh until they were hardly recognizable as bodies. A woman was stretched on her back at the bottom of the bath-tub, with her left arm thrown out as if to grasp something in her bitter anguish. Nearby was an infant, hardly too large to be carried in the arms, and beside it the body of another woman, crouched as if in agony and despair.¹⁶

El interés del público se explica por la fascinación que ejercían las ruinas y las descripciones de catástrofes. El hecho de que muy pronto se organizaran estas excursiones *in situ* refleja un proceso de comercialización que acompañó la mediatización de aquella tragedia. Distintos empresarios del mundo del espectáculo vieron en esa erupción un fenómeno capaz de atraer a muchedumbres ávidas de sensaciones fuertes y de relatos mórbidos. Así como la fotografía estereoscópica se usa para ofrecer por primera vez una imagen en relieve (véase figura 3), otros medios buscaron reproducir el acontecimiento o sus dramáticas consecuencias del modo más cercano a la realidad.

Es muy relevante que la erupción del Monte Pelée haya inspirado al naciente cine, pues fue objeto de tres cortometrajes realizados por los directores más famosos de la época: los franceses Georges Méliès y Ferdinand Zecca y el americano Thomas Edison (véase figura 4).¹⁷ Si Zecca dirigió un pequeño docudrama, Edison y Méliès realizaron por su parte auténticas reproducciones en miniatura de la catástrofe. Esas *actualités reconstituées* que hicieron famoso a Georges Méliès pretendían ofrecer una ilusión de realidad por la que el público reviviría la catástrofe y, al compartir emociones, alcanzaría una forma de catarsis colectiva.

¹⁶ Heilprin, *Mont Pelée...*, p. 26.

¹⁷ Thomas Edison, *Mt. Pelee Smoking Before Eruption (St. Pierre, Martinique)*, Edison Manufacturing Company, 1902 (Película muda, B&N, 1:37); Louis Ferdinand Zecca, *La Catastrophe de la Martinique*, Pathé Films, 1902 (Película muda, B&N, 1:33); Georges Méliès, *Éruption volcanique à la Martinique*, Manufacture de films pour cinématographes, también conocida como Star Film Company, 1902 (Película muda, B&N, 1:32, difundida en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos).



Figura 3. Vista general de Saint-Pierre destruida, desde el monte Orange, 1902, © Boston Public Library



Figura 4. Fotograma de la película de Georges Méliès *Éruption volcanique à la Martinique* (1902), © La Cinémathèque Française



En ese proceso de comercialización, los empresarios de espectáculos redoblaron su creatividad para impresionar al público. Así, en el parque de atracciones de Coney Island, en Estados Unidos, famoso por sus espectáculos de desastres,¹⁸ se montó una exhibición que reproducía el estallido del Monte Pelée con un aparato dispositivo pirotécnico: la sala podía acoger hasta 1 200 personas y estaba provista de 11 salidas de emergencia en caso de que la reconstitución prendiera fuego al auditorio.

Señal de la excepcional curiosidad que suscitó en Estados Unidos, la catástrofe del Pelée integró desde marzo de 1903 la función de renombre mundial del famoso circo Barnum & Bailey. De hecho, en su racha devastadora, la erupción había dejado a dos supervivientes: un zapatero, Léon Compère-Léandre, y Louis-Auguste Sylbaris (conocido como Cyparis), un joven martiniqués negro que, en el momento del desastre, se encontraba recluido en una celda de aislamiento de la cárcel de Saint-Pierre. Los espesos muros de su calabozo le salvaron la vida, aunque sufrió atroces sufrimientos por el calor y los gases que penetraron por las hendiduras, dejándole la espalda y los brazos gravemente quemados. Cyparis tuvo que aguantar tres días solo en su mazmorra, sediento y sufriente, antes de ser descubierto. Pronto, su historia fue conocida por la prensa de Fort-de-France y los periodistas extranjeros que habían acudido. La desdicha de este joven trabajador, famoso en Saint-Pierre por sus algarradas, le granjeó una inesperada celebridad que atrajo al director del circo Barnum. El reportero francés Jean Hess se hizo eco de la curiosidad que suscitaba el damnificado, aunque no creía ni un segundo lo que llamaba la “leyenda del prisionero salvado de milagro”:

Et tout le monde s'intéresse à Auguste. On le choie, on le drolote. Il devient le héros et l'animal curieux tout à la fois. On le montre aux reporters américains qui pleurent d'attendrissement en écoutant sa joyeuse histoire... Comme ça fera bien dans leurs journaux!... Et ils le photographient de face, de profil, assis, debout, couché, en buste, en demi-buste. La joyeuse histoire du joyeux Auguste est un succulent

¹⁸ Jeffrey Stanton, “Coney Island. Disasters, Spectacles & Cycloramas”, en <http://www.westland.net/coneyisland/articles/shows.htm> (consultado: 10 de febrero de 2018).

canard à faire goûter aux Américains. Qu'ils la gardent. Qu'ils la passent même à Barnum.¹⁹

En marzo de 1903, Cyparis se trasladó a Nueva York e integró por un año *The Barnum & Bailey Greatest Show on Earth*, presentado al público como el único superviviente de Saint-Pierre (“The Lone Survivor of Saint Pierre”). Los letreros con que se le anunciaba como clímax del espectáculo contribuían a agudizar la curiosidad: “The only object that survived in the ‘silent City Of Death’ where 40.000 human Beings were suffocated, burned or buried by one belching blast of mont Pelee’s terrible volcanic eruption”. El espectáculo que protagonizaba consistía en un remedo de la erupción en el escenario, donde se le veía relatar y repetir su agonía solitaria, su rescate y el descubrimiento del horror circundante. Así se apelaba a la curiosidad mórbida del público, una forma de voyeurismo que no dejaba de recordar los *freaks shows* o exhibiciones de monstruos, a la sazón muy populares en Estados Unidos. De hecho, Cyparis era la atracción principal de un circo famoso por su museo vivo de curiosidades, llamado “Great Presentation Of Marvellous Living Human Curiosities”.

La fascinación que suscitó Cyparis en el público estadounidense no sólo venía de lo terrorífico de su vivencia o de su espalda llena de quemaduras y cicatrices blancuzcas, sino también de la curiosidad del público por el sensacionalismo tropical y por la exhibición de individuos racializados. De hecho, el que ese joven negro de toscas costumbres integrara un espectáculo no dejaba de recordar los contemporáneos zoos humanos habituales en las exposiciones coloniales europeas. En ambos casos se lanzaba la mirada occidental sobre un Otro considerado exótico, cuando no inferior, en este ejemplo sacando partido de una doble fascinación: por un lado, la del cuerpo fornido de un joven caribeño de color, objeto erotizado y a la vez símbolo de peligro, y, por otro, la de un damnificado que llevaba en sí las huellas de su martirio. Y ahí radica probablemente otra singularidad de la catástrofe: su capacidad para poner a todos en un mismo plano, puesto que blancos y negros, ricos y pobres, todos fueron carbonizados literalmente. Así, en sociedades posesclavistas como

¹⁹ Hess, *La catastrophe de la Martinique...*, p. 98.



Martinica o Estados Unidos, aún muy jerarquizadas y racializadas, esa dudosa puesta en escena podía tener para un público blanco un valor catártico de liberación de las angustias existenciales y raciales.

Saint-Pierre, de jardín del edén a boca del infierno. La catástrofe leída en clave religiosa

Desde la perspectiva occidental, el trópico caribeño y centroamericano se mira como un espacio donde impera lo paroxístico en todos los ámbitos. Por añadidura, el área tropical está supeditada a los desórdenes de la naturaleza y por tanto es vulnerable. “Aquella isla otrora afortunada se vuelve una necrópolis”, en opinión del geógrafo Francis Drouet.²⁰ Así es como se maneja el paradigma del edén y del infierno, ya que la naturaleza es a un tiempo generosa y destructiva. En un largo artículo publicado tras la catástrofe en *The Indianapolis Journal*, el ex cónsul estadounidense en Martinica, William A. Garesché, relata los cinco años pasados en la que llama la isla de las flores, “The Garden of Eden”.²¹

Para el sacerdote Harris, en su relato de viaje *Days and Nights in the Tropics* (1905), el paraíso se había vuelto un infierno. Por eso Saint-Pierre, el París de las Antillas, se llamaría en adelante “la Pompeya del Nuevo Mundo”, en referencia al modelo paradigmático de aquella ciudad borrada del mapa por una erupción de inaudita violencia cual fue la del Vesubio en 79 d. C.²² En consonancia con esta lectura, las películas que pusieron en escena la catástrofe enfatizaron con procedimientos técnicos novedosos la potencia de la nube ardiente y la idea de sepultura de la población bajo las cenizas.

El acontecimiento, cataclismo natural e incendio, se verificó un día en que las iglesias y la catedral de Saint-Pierre estaban repletas

²⁰ Francis Drouet, *Notes sur la Martinique*, Ruán, Imprimerie E. Cagniard, 1902, p. 45.

²¹ “Island of Martinique Described by a Former Consul as a Garden of Eden”, *The Indianapolis Journal*, 11 de mayo de 1902, p. 10.

²² Heilprin, *Mont Pelée...*, p. 121-139, y Charles Morris, *The Volcano's Deadly Work. From the Fall of Pompei to the Destruction of St. Pierre. The Greatest Calamities of all History*, Filadelfia, International Publishing Company, 1902.

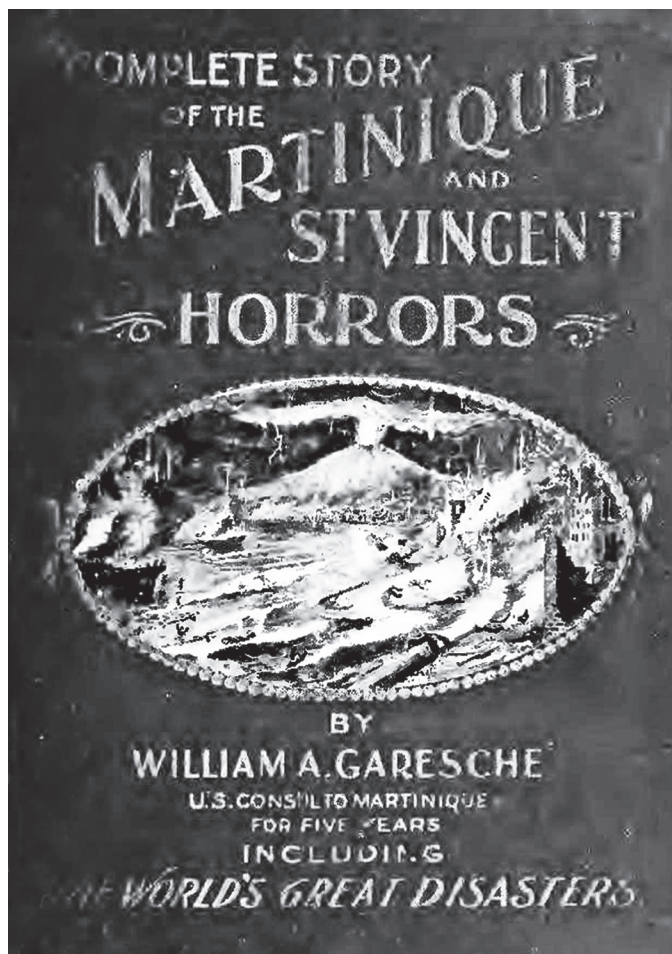


Figura 5: Portada del libro de William A. Garesché, *Complete story of the Martinique and St. Vincent Horrors*, Nueva York, L.G. Stahl, 1902, © Library of Congress

de feligreses, por ser día de la Ascensión. En semejantes contextos, lo irracional y las supersticiones llevan la ventaja a la lucidez y desempeñan un papel destacado en las representaciones y el imaginario.²³ En la interpretación del acontecimiento, no faltó entonces la dimensión apocalíptica, con el fuego purificador, el castigo

²³ Hess, *La catastrophe de la Martinique...*, p. 255 y s.

divino (*Dies irae*) de una isla cuyo blanco es Saint-Pierre, que, igual que Sodoma, se había entregado a los placeres carnales y la voluptuosidad, por más que los sermones del sacerdote local llamaran al pudor y la moralidad. En su edición del 28 de mayo, el periódico *The Guardian* de la isla de la Dominica describía Saint-Pierre como un foco de impiedad.²⁴ A imagen y semejanza de la prensa católica belga, muchos periódicos insistieron en que, por haber incurrido en tantos pecados, Martinica tenía que prepararse para ser castigada: “Depuis longtemps, la Martinique se préparait des châtimens exemplaires. Il y a un an déjà, nous recueillions de la bouche d’un prélat italien des Antilles le désolant témoignage de l’impiété et de l’immoralité de ce pays: c’est une véritable Sodome et Dieu la châtiara”.²⁵

Por su parte, Harris relata el sacrilegio cometido por un libre pensador masón y socialista blanco que, el 6 de abril, a la cabeza de un grupo de mulatos, negros y cuarterones, parodió el *Vía Crucis* y crucificó un puerco como si fuera Cristo, clavándolo en una cruz en uno de los cráteres. Ello induce a Harris a concluir: “If the ruin of Saint Pierre was a punishment for sacrilege and unheard-of-blaspemy, the world must acknowledge it was complete, even to the burying of the dead”.²⁶ En el circo Barnum, donde el rescatado Cyparis recrea la devastación de Saint-Pierre, se lo presenta como “the man who lived through Doomsday”. Así resurge el tema del juicio final que la Iglesia no duda en machacar, aunque presupone el arrepentimiento beatífico de algunos feligreses antes de la erupción, sobre todo, porque así conviene pensar en el marco de una competencia con la república laica, según Jacques Rouzet.²⁷ Ni que decir tiene que se sacan entonces a colación las visiones escatológicas y el miedo a la naturaleza desenfrenada: el fragor de la montaña vuelve a despertar los temores milenaristas de los alrededores de 1900.

²⁴ Harris, *Days and Nights...*, p. 62.

²⁵ Periódico belga citado por Léo Ursulet, *Le désastre de 1902 à la Martinique*, París, L’Harmattan, 1997, p. 171.

²⁶ Harris, *Days and Nights...*, p. 69.

²⁷ Jacques Rouzet, *Les grandes catastrophes en France*, Bruselas, Ixelles, 2009.

*De la erupción peleana al canal interoceánico.
Científicos, políticos y lobbistas frente a la catástrofe*

Si analizamos las consecuencias a corto y mediano plazos de la erupción del Pelée, estas variopintas reacciones de los coetáneos nos conducen a subrayar el carácter holístico de las catástrofes naturales, cuyo impacto suele ser multidimensional. Centrémonos ahora en los efectos en el plano científico, humano y geopolítico.²⁸

En efecto, el desastre de Martinica también suscitó el interés de la ciencia y abrió nuevos campos de investigación. Sin duda sus proporciones y la mortandad registrada habían de interrogar sobre el modo de remediar la fatalidad de estos acontecimientos, pero la erupción de 1902 presentó asimismo especificidades que convenía estudiar. El hecho de que la isla fuera destruida y sepultada en pocos minutos condujo a examinar el fenómeno de la nube ardiente, que había sido observado y confirmado por la presencia de testigos en la bahía. Contra las derivas oscurantistas observadas, el mundo de la ciencia quiso aportar un análisis racional y basado en estudios de campo para anticipar este tipo de desastres naturales y prevenir el riesgo para las poblaciones circundantes. Así, la catástrofe del Monte Pelée tuvo la virtud de cambiar la perspectiva de la vulcanología, ciencia que registró progresos considerables a raíz de las observaciones efectuadas. Con la repetición de erupciones en los meses siguientes de 1902 y la nueva fase eruptiva del Pelée en 1929-1932, la isla de Martinica se convirtió en un laboratorio de observación de esos fenómenos y de sus efectos sobre el paisaje.

En París, apenas conocida la noticia de la catástrofe, el gobierno solicitó a la Academia de las Ciencias que enviara una misión a la isla con el fin de practicar un estudio pormenorizado. El geólogo y vulcanólogo Alfred Lacroix condujo de esta manera dos prolongadas misiones científicas entre junio de 1902 y marzo de 1903, que dieron lugar a varios informes extensos y muy detallados

²⁸ Véase Ulrich Beck, *La société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, París, Flammarion, 2001 [1986], y Susanna Hoffman y Anthony Oliver-Smith (eds.), *Catástrofe & Culture. The Anthropology of Disaster*, Santa Fe, School of American Research Press, 2002.

publicados por él en distintos libros y revistas.²⁹ De la misma manera, en apenas una semana, la National Geographic Society montó una importante expedición científica encabezada por el famoso vulcanólogo de Harvard Thomas Jaggar y por el geólogo estadounidense Angelo Heilprin.³⁰ En julio de aquel año, la Royal Geographical Society de Londres mandó su propia delegación científica para realizar mediciones y estudios sobre las erupciones de la Soufrière en la isla vecina de Saint-Vincent y del Monte Pelée en Martinica.³¹

Si bien la misión francesa resolvió inicialmente que no era necesario evacuar a los habitantes de la zona —lo cual acarreó 2 000 muertes suplementarias con la erupción del 30 de agosto—,³² el informe de la misión estadounidense concluyó que no podía proyectarse una reinstalación de las poblaciones si no se implantaba una estación científica permanente para vigilar al volcán.³³ Y precisamente fue lo que el gobierno francés terminó por hacer, encargando ese año a Alfred Lacroix la construcción de un Observatorio del Monte Pelée³⁴ que fue dotado de los más avanzados aparatos de medición geofísica.

Los trabajos de aquellos grupos de estudiosos permitieron definir una nueva categoría eruptiva, bautizada “el tipo peleano”,³⁵ y

²⁹ Véase, en particular, Alfred Lacroix, *La montagne Pelée et ses éruptions*, París, Masson et Cie., 1904.

³⁰ De Heilprin, citemos *Mont Pelée...*, *The Tower of Pelée: New Studies of the Great Volcano of Martinique*, Filadelfia-Londres, J. B. Lippincott Co., 1903, y *The Eruption of Pelée: a Summary and Discussion of the Phenomena and their Sequels*, Filadelfia, Geographical Society of Philadelphia, 1908.

³¹ Misión dirigida por Tempest Anderson y John S. Flett. Véase Anderson, “Preliminary Report on the Recent Eruption of the Soufriere in St Vincent and of a Visit to Mont Pelee”, *Smithsonian Institute Annual Report for 1902*, v. 24, 1903, p. 309-330.

³² Drouet, *Notes sur la Martinique...*, p. 32.

³³ *The Evening News*, 6 de agosto de 1902, p. 5.

³⁴ El Observatorio Volcanológico y Sismológico de Martinica está situado en Morne des Cadets, en Fonds Saint Denis.

³⁵ Se caracteriza por una lava viscosa que va acumulándose y acaba formando un domo que puede explotar, en forma de una nube ardiente y un penacho volcánico de decenas de metros de altura.

marcaron el principio de la vulcanología moderna como disciplina reconocida. Luego de las acusaciones del reportero Jean Hess contra el ministro de las Colonias —“C’est quarante mille morts dont l’opinion publique [...] a le droit de demander compte à S. Exc. M. Albert Decrais”—, la erupción del Pelée indujo a la población y a los poderes públicos a adquirir conciencia del riesgo volcánico y sobre todo de su carácter previsible. Si los procesos eruptivos no habían suscitado hasta entonces mucho interés en la comunidad científica, la prioridad desde entonces consistió en mejorar el conocimiento de la actividad volcánica para prever y paliar sus consecuencias.

La autoridad pública francesa no sólo tuvo que aprender las lecciones impartidas por el ámbito científico sobre el cataclismo del 8 de mayo y sus réplicas, sino que además debió confrontar otros retos surgidos a raíz de la catástrofe: cuidar a un importante número de damnificados a causa de las carencias en cuanto a la salvaguardia de la población de Saint-Pierre por motivos electorales y reaccionar frente a la pérdida en un santiamén del principal núcleo urbano y comercial de la colonia.³⁶ Por lo tanto, a modo de desquite, el duelo de la nación se manifestó a través de discursos de afirmación de la solidaridad nacional con Martinica en la Cámara de Diputados, según da a conocer el periódico *Le Temps*.³⁷ De ello también da muestras la alegoría de la portada del *Petit Journal* del 1 de junio de 1902, pero lo más obvio y simbólico de tales actitudes era que hacía falta reafirmar el poder del orden colonial perturbado y puesto en peligro por la erupción.

Los vecinos del norte de la isla, entre ellos Cyparis, no tuvieron más remedio que trasladarse a los barrios más míseros de Fort-de-France, donde no se había preparado la acogida e iban amontonándose los desgraciados. Por si fuera poco, a nivel de la organización administrativa, las autoridades decidieron borrar durante años la ciudad devastada y maldita de la lista de municipios de Martinica, como si quisieran conjurar la maldición y olvidarse de la desgracia allí ocurrida.

³⁶ “La catastrophe de la Martinique. L’exode des habitants de Fort-de-France”, *Le Petit Parisien*, 8 de junio de 1902, p. 1.

³⁷ “La catastrophe de la Martinique”, *Le Temps*, París, 11 de mayo de 1902, p. 1.



Figura 6. Portada del suplemento ilustrado de *Le Petit Journal*, París, 1 de junio de 1902, © Bibliothèque Nationale de France

El presidente de la República francesa, Émile Loubet, les agradeció a los representantes de gobiernos extranjeros, de Europa y Estados Unidos, sus propuestas de ayuda y su generosidad, así como a las islas antillanas próximas la provisión de frutas y comida frescas. Cabe hacer notar que el presidente Theodore Roosevelt fue uno de los más generosos con las víctimas martiniquesas, sin duda por la situación geográfica de la isla cercana a la estratégica región centroamericana.

Rastrear las consecuencias de la tragedia de Martinica conduce a concebir la región del Caribe y América Central como una unidad interrelacionada. No sólo porque constituye en su conjunto una zona de vulnerabilidad geológica y climática, sino porque desde los inicios de la colonización siempre ha representado un lugar estratégico que estimuló las rivalidades de las grandes potencias. La importancia del istmo como zona de tránsito interoceánico y la centralidad del mar Caribe como espacio de intercambios comerciales explican el

interés que pusieron países como España y, desde el siglo XIX, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos para construir y controlar un acueducto transistmico que, después del Canal de Suez, constituiría un eslabón esencial en la construcción de una economía capitalista mundializada.³⁸ Desde la década de 1840, cinco vías competían para determinar el trazado idóneo donde realizar el canal, aunque las dos opciones más serias eran el istmo de Nicaragua, aprovechando el río San Juan y el lago Cocibolca, y el istmo de Panamá, por la corta distancia entre ambas costas en este punto: unos 70 km.

Durante todo el siglo XIX, el proyecto que dominó fue el de un canal a nivel por Nicaragua, tecnológicamente de más fácil realización, aunque en 1879 el ingeniero francés Ferdinand de Lesseps optara por hacerlo en Panamá, dado que Gran Bretaña y Estados Unidos ya estaban negociando para sí el control de la futura ruta de Nicaragua (Tratado Clayton-Bulwer de 1850). La bancarrota de la Compañía Universal del Canal Interoceánico en 1889 redistribuyó las cartas y abrió la puerta a una intervención del capital estadounidense, cuando este país empezaba a construir su hegemonía militar y económica en aquella región. Y fue allí donde se entrecruzaron intereses geopolíticos, financieros, científicos y medioambientales para decidir el trazado final del codiciado canal.³⁹ En el seno mismo del Congreso estadounidense y en Wall Street, considerables intereses financieros se inclinaban por una u otra vías, de modo que se armó una batalla de propaganda en favor de ambos proyectos con tal de orientar el voto de los congresistas, resultando muy incierta la decisión final, como lo traduce la caricatura del asno de Buridán publicada en el *New York Herald*.⁴⁰ En 1900, la Cámara de Representantes adoptó el Hepburn Canal Bill, que confirmaba la ruta de Nicaragua, recomendada por la Interoceanic Canal Commission, encabezada por el almirante John Walker. Sin embargo, los partidarios de la ruta de Panamá no cejaron.

³⁸ Víctor Hugo Acuña Ortega (dir.), “Centroamérica en las globalizaciones (siglos XVI-XXI)”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, v. 41, 2015, p. 13-120.

³⁹ David McCullough, *Un camino entre dos mares. La creación del canal de Panamá*, Madrid, Espasa, 2012 [1977], p. 267 y s.

⁴⁰ Caricatura de W. A. Rogers publicada en el *New York Herald* (c. 1900).



Figura 7. Sello postal de Nicaragua donde se representa el volcán Momotombo

La vulnerabilidad geológica de la región centroamericana brindó argumentos para cuestionar ese dictamen. A raíz de la dramática erupción del Monte Pelée, la Comisión Walker decidió nombrar peritos para evaluar los riesgos comparados de Nicaragua y Panamá en materia de catástrofes naturales, lo cual no se había considerado hasta entonces. Paralelamente, el jurista y especulador Nelson W. Cromwell fue contratado por Philippe Bunau-Varilla, un joven ingeniero intrigante que había sido director general del Canal francés, para hacer una campaña de intenso *lobbying* a favor de la ruta panameña.⁴¹ Al mes siguiente, en junio, precisamente cuando se discutía en el Senado la ley Spooner que pretendía reabrir la posibilidad de un canal en Panamá, Cromwell no dudó en publicar en el influyente periódico *The New York Sun* una breve crónica titulada “The Blue Volcano Postage Stamp”:⁴² haciéndose eco de una pequeña erupción del volcán Momotombo, que dos meses antes había pasado totalmente inadvertida, alertaba sobre la peligrosidad de la geología nicaragüense e ironizaba sobre aquel país centroamericano, pues acababa de editar un sello postal que precisamente mostraba al volcán Momotombo rematado por un penacho de humo. La estrategia era

⁴¹ McCullough, *Un camino entre dos mares...*, p. 277 y s., y Ovidio Díaz Ospino, *El país creado por Wall Street. La historia prohibida de Panamá y su canal*, Barcelona, Destino, 2004, p. 52 y s.

⁴² *The New York Sun*, 12 de junio de 1902, p. 2.

clara: recordar que Nicaragua era una tierra de volcanes, hasta el punto de que eran su emblema nacional y figuraban en su escudo.

En una jugada maestra, Bunau-Varilla dio el golpe final haciendo circular antes del voto decisivo de todos los senadores un folleto con 13 diagramas que comparaba de modo muy sesgado las virtudes de ambos proyectos. Cada senador recibió asimismo un ejemplar del fatídico sello postal del correo de Nicaragua que reproducía el volcán Momotombo en actividad. Las consecuencias son conocidas: el 19 de junio de 1902, el Senado abrogó el Hepburn Bill y adoptó el Spooner Act, que priorizaba la ruta de Panamá.⁴³ Para el comentarista político Henry Pensa, el cataclismo de Martinica fue el factor desencadenante de este brutal cambio estratégico que tendría consecuencias históricas para toda la región.⁴⁴

En las demás etapas para concretar la opción de un canal panameño, la combinación de los intereses capitalistas privados y de las conveniencias geoestratégicas estadounidenses mostró su eficacia. Tras el rechazo por el senado colombiano del tratado de concesión del canal negociado con el secretario de Estado John Hay, el mismo Bunau-Varilla intrigó nuevamente para facilitar en la provincia colombiana de Panamá una insurrección separatista, que tuvo lugar el 3 de noviembre de 1903. El gobierno de Theodore Roosevelt, partidario del método fuerte, se apresuró a reconocer el nuevo Estado, le aseguró protección militar y negoció en 15 días un nuevo tratado, firmado por Bunau-Varilla en nombre de Panamá, que ofrecía a los Estados Unidos la concesión a perpetuidad del futuro canal y una zona colindante, a cambio de una modesta compensación financiera. Así pudieron reanudarse las colosales obras en 1904, bajo supervisión directa del ejército estadounidense, que las llevó a feliz término en diez años, superando las dificultades sanitarias y técnicas que habían doblegado al intento francés.

Lo que nos interesa subrayar aquí es que este episodio rocambolesco es la interconexión de una serie de fenómenos naturales y la geopolítica. Quizás el triunfo de Panamá como ruta interoceánica

⁴³ Óscar Terán, *Del Tratado Herran-Hay al Tratado Hay-Bunau Varilla*, Panamá, Imprenta Motivos Colombianos, 1934, v. 1, p. 447.

⁴⁴ Henry Pensa, *La république et le canal de Panama*, París, Hachette, 1906, p. 4.



significa que, por primera vez en el siglo XX, se tomó en cuenta el factor del riesgo natural en la construcción de una gran infraestructura como la del canal. Y toda una literatura posterior tendió a confirmar el peso de los argumentos científicos respecto a las condiciones tectónicas y climáticas de la región: el canal de Nicaragua tenía contra sí el situarse en el principal núcleo de actividad sísmica y volcánica de Centroamérica, mientras que Panamá ofrecía un cuadro geológico mucho más estable que hacía improbable una catástrofe de proporciones comparables con las de Martinica.

*La construcción del Canal de Panamá, prodigio del genio humano,
y consecuencias humanas y medioambientales de la catástrofe
del Monte Pelée*

Ahora, terminaremos con algunas reflexiones sobre la ambivalencia de aquella magna obra que fue la construcción del canal de Panamá, la cual no escapa del todo al catastrofismo hasta ahora abordado. La obra faraónica llevada a cabo para unir los dos océanos americanos aún a dos facetas de las capacidades del hombre: el poder de construir dominando el medio ambiente, y el de destruirlo. El paso interoceánico nació del genio científico y técnico de franceses y estadounidenses, tras largos tanteos, mediante la implementación de novedosas soluciones de ingeniería que desembocaron en el modelo de canal con esclusas, todo ello para domar y encauzar los desbordes del Río Chagres, gracias a la creación del lago artificial Gatún. No por casualidad, en opinión de la American Society of Civil Engineers, el Canal era considerado la séptima maravilla del mundo moderno.⁴⁵ El haber superado victoriosamente aquel desafío fue interpretado por los coetáneos como un auténtico prodigio de la tecnología moderna, fruto de un trabajo hercúleo digno de los héroes de la mitología antigua. El paralelismo con los doce trabajos de Hércules y el mito de la creación del Estrecho de Gibraltar por la fuerza del coloso griego fueron oportunamente

⁴⁵ Los “Seven Wonders of the Modern World” fueron seleccionados por esa sociedad en 1955.

evocados en uno de los carteles que anunciaban la Panama-Pacific Exposition de San Francisco, organizada en 1915. Bautizado *The Thirteenth Labor of Hercules*, jugaba con el apodo que se le daba entonces al canal recién construido y recuperaba, en un juego de intericonicidad, el motivo del famoso cuadro del pintor español Zurbarán, *Hércules separa los montes Calpe y Abyla* (1634).

Sin superar del todo el temor que experimentaban, los constructores estadounidenses desafiaron a la naturaleza del istmo, de por sí violenta y destructiva, y el medio inhóspito por los derrumbamientos imprevisibles, las enfermedades mortales y el alto grado de humedad. Pero aquellos que llegaron a Panamá en busca de trabajo tras la catástrofe del Monte Pelée estuvieron confrontados con una naturaleza en trance de ser domada y a la par estragada por la soberbia de los constructores de la obra interoceánica. La meta perseguida por los ingenieros a principios del siglo XX tan sólo estaba supeditada al éxito de un proyecto político-económico. En el imaginario estadounidense, los trópicos eran considerados lugares que se resistían a la civilización.⁴⁶ Al excavar esta ruta marítima y conectar los dos hemisferios, les tenía sin cuidado que la selva tropical erguida a orillas del canal fuera saqueada, que peligraran los ecosistemas, que el volumen y la regularidad de las lluvias en el área centroamericana resultaran gravemente alterados. El progreso de las técnicas y de la industria guiaba a aquella civilización hija de Prometeo y nutrida de ideología positivista.⁴⁷ De hecho, la creación del canal de Panamá acarreó transformaciones aceleradas del medio físico, como la tala de los manglares, el relleno de pantanos, la creación de represas, el allanamiento y compactación de los terrenos, la excavación de cortes profundos a través del terreno montañoso, la extracción de más de 300 millones de metros cúbicos de tierra y rocas en el corte de Culebra...⁴⁸ De ahí que la línea de ferrocarril y la zanja del canal constituyeran una doble cicatriz en el paisaje istmeño.

⁴⁶ Paul Sutter, “‘Arrancarle los dientes al trópico’: ambiente, enfermedad y el Programa Sanitario de los Estados Unidos en Panamá, 1904-1914”, *Papeles de Población* 24, 2000, p. 61-93.

⁴⁷ Walter, *Catastrophes...*, p. 163.

⁴⁸ Guillermo H. Castro, “*Pro mundi beneficio*. Elementos para una historia ambiental de Panamá”, *Revista Tareas* 120, 2005, p. 81-112.



Figura 8. Trabajadores en el Corte Culebra Canal de Panamá, 1913, © Institute of the Black World 21st Century

Fue así como se conectó la historia de un desastre natural —la erupción del Pelé— con una devastación medioambiental de la selva panameña y la pérdida de miles de vidas humanas. Las erupciones de 1902, al arrasar los cañaverales de los alrededores de Saint-Pierre, Morne-Rouge, Basse-Pointe, Macouba y Carbet, al derrumbar las fábricas de ron y aniquilar la industria azucarera, impulsaron a los martiniqueses a emigrar al istmo centroamericano. Vinieron a reunirse con aquellos antillanos que ya habían sido contratados para construir la vía férrea entre Colón y la ciudad de Panamá y también los que habían seguido a Ferdinand de Lesseps a Egipto y luego a Panamá. Desde 1880 hasta 1914, entre la fase francesa y luego estadounidense de construcción del canal, emigraron a Panamá unos 60 000 obreros antillanos franceses (dinamiteros, instaladores de carriles, excavadores, cocineros, panaderos, vigilantes, etcétera), todos ellos “obrerros negros” que soñaban con alcanzar mejores condiciones que las de los negros de las plantaciones.⁴⁹

Esta historia de migración se enlaza de nuevo con la tragedia del Monte Pelée. El propio Cyparis, el rescatado de la catástrofe de

⁴⁹ Michael L. Conniff, *Black Labor on a White Canal: West Indians in Panama, 1904-1980*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1985, y Joseph Jos, *Guadeloupéens et Martiniquais au Canal de Panama, histoire d'une émigration*, París, L'Harmattan, 2004.

Saint-Pierre, tras su corta carrera en Nueva York en el circo Barnum, contribuyó a la construcción del canal estadounidense, adonde llegó en 1904, a raíz de la concesión dispensada a Estados Unidos por el recién constituido Estado panameño. Visto Panamá como un El Dorado por los ciudadanos de la isla francesa de Guadalupe y por los damnificados por el colapso de la economía martiniqueña, aquellos 25 000 antillanos contratados por los estadounidenses tuvieron que arrostrar una honda desilusión. Aunque, tras el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla, los propios estadounidenses mejoraron las pésimas condiciones sanitarias de la época francesa del Canal, los martiniqueses no disfrutaron del sueño americano por lo sumamente penosas que resultaron las obras. Otro obrero tan célebre como Cyparis fue el pintor francés Paul Gauguin, quien recorrió el camino inverso al martiniqués. Excavador en Panamá en 1887, viajó poco tiempo después a Martinica para reponerse de los achaques del clima panameño, donde pintó el volcán de Saint-Pierre quince años antes de la erupción de mayo 1902.⁵⁰

Si la erupción acarrió un desastre ecológico por sus funestas consecuencias, la excavación del Canal de Panamá tuvo aciagas repercusiones a nivel medioambiental y humano. Unas 30 000 personas, de las cuales 22 000 eran antillanos franceses, perecieron en aquellas obras del canal en una naturaleza llena de amenazas: insectos venenosos, parásitos, altas temperaturas, tasas de humedad inaguantables, intemperies y derrumbamientos que sepultaban a centenares de obreros. No por casualidad, William Harris califica en su libro el Istmo de Panamá como “The Isthmus of the Dead”, describiendo con minucia lo infeccioso, tremebundo y repugnante de aquellos parajes ecuatoriales y comparando el canal entonces en construcción con un enorme pitón que devora a sus víctimas: “The canal, like a huge python, winds through swamps seething in decay and round hills covered with tropical vegetation. It is a python that has swallowed in one year —1888— forty thousand bodies of men and is every day devouring fresh victims”.⁵¹

⁵⁰ Paul Gauguin, *Scène de plage*, 1887.

⁵¹ Harris, *Days and Nights...*, p. 136.



*Conclusión. La erupción del Monte Pelée y el Canal de Panamá,
memorias conectadas*

Desde 1902, hubo innumerables huellas escritas de la catástrofe de Saint-Pierre en el ámbito científico. Más recientemente, los estudiosos se han apoderado de la memoria de los martiniqueses que trabajaron en el Canal francés y el estadounidense como objeto de investigación.⁵² En cuanto a la ficción, se enfocan tanto en la ciudad antes del cataclismo —como lo hace la novela de Raphaël Tardon, *La Caldeira*— como, a modo de anamnesis, en la reconstrucción de la erupción y la devastación de Saint-Pierre por la nube ardiente —Raphaël Confiant, *Nuée ardente*. En la narrativa, paradójicamente, aunque las creencias condenaron a los vecinos de Saint-Pierre a explicar su destrucción con base en sus pecados, la memoria de la ciudad mártir queda estrechamente vinculada a la de un delincuente, Cyparis, un muchacho pendenciero y a menudo ebrio que se salvó del infierno divino. Esta historia ficcionalizada del superviviente y del acontecimiento se encuentra conectada con la de la construcción del Canal de Panamá en el libro de una novelista de Martinica, Maryse Renaud, *Relato de ceniza o La vida zarandeada de Cyparis el superviviente de Martinica a Panamá* (2016), publicado en lengua española como otro modo de vincular todas las tierras americanas conectadas por la historia a pesar de las diferencias de idiomas.

El doble trauma humano del Monte Pelée y de las obras del canal también pervive a través de lugares de memoria. Llamen la atención las placas conmemorativas del Monumento a los Zapadores Franceses del Canal, significativamente ubicado frente al acueducto, en la panameña Plaza de Francia, que fue inaugurado el 14 de julio de 1919 por el presidente Belisario Porras y declarado Monumento Nacional en 1920. En su galería semicircular de estilo neoclásico con arcos y adornado con diez placas de mármol, se relata la historia de la construcción del canal, escrita por el bardo nacional Octavio

⁵² Marie-Françoise Gaël-Moutou, *L'émigration des Guadeloupéens et des Martiniquais au Panama et la contribution de leur descendance à l'essor de la Nation de 1880 à 2008*, tesis de doctorado, Guadalupe, Université des Antilles, 2011.

Méndez Pereira, quien rinde homenaje a los 22 000 martiniqueses y guadalupanos muertos durante las obras.⁵³

En un acto conmemorativo realizado en 1992, el gobierno panameño puso énfasis en que la emigración de esos obreros pertenece a la historia del país. Un cementerio antillano se volvió monumento nacional por el país agradecido.⁵⁴ Por último, en 2016, la inauguración de las nuevas esclusas del canal ampliado brindó la oportunidad al presidente panameño de homenajear otra vez a los martiniqueses y guadalupanos que perdieron la vida para que Panamá pudiera ser un país moderno y próspero.⁵⁵

FUENTES CONSULTADAS

Archivos

Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, Gobierno de España.

Bibliografía

ACUÑA ORTEGA, Víctor Hugo (dir.), “Centroamérica en las globalizaciones (siglos XVI-XXI)”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, v. 41, 2015, p. 13-120.

ANDERSON, Tempest, “Preliminary Report on the Recent Eruption of the Soufriere in St Vincent and of a Visit to Mont Pelee”, *Smithsonian Institute Annual Report for 1902*, v. 24, 1903, p. 309-330.

BECK, Ulrich, *La société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, París, Flammarion, 2001 [1986].

⁵³ Véase el [...] Panamá”, 1923, Archivo Histórico Nacional, sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, legajo H1674

⁵⁴ Jos, *Guadeloupéens et Martiniquais ...*, p. 92.

⁵⁵ “Canal de Panamá homenajea a trabajadores”, *El Nuevo Diario*, 27 de junio de 2016.



- CASTRO, Guillermo H., “*Pro mundi beneficio*. Elementos para una historia ambiental de Panamá”, *Revista Tareas* 120, 2005, p. 81-112.
- CONFIANT, Raphaël, *Nuée ardente*, París, Mercure de France, 2002.
- CONNIFF, Michael L., *Black Labor on a White Canal: West Indians in Panama, 1904-1980*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1985.
- DÍAZ OSPINO, Ovidio, *El país creado por Wall Street. La historia prohibida de Panamá y su canal*, Barcelona, Destino, 2004.
- DROUET, Francis, *Notes sur la Martinique*, Ruán, Imprimerie E. Cagniard, 1902.
- EVERETT, Marshall, *The Complete Story of The Martinique Horror and Other Great Disasters*, Chicago, L. G. Stahl, 1902.
- GAËL-MOUTOU, Marie-Françoise, *L’émigration des Guadeloupéens et des Martiniquais au Panama et la contribution de leur descendance à l’essor de la Nation de 1880 à 2008*, tesis de doctorado, Guadalupe, Université des Antilles, 2011.
- GARESCHE, William A., *Complete Story of the Martinique and St Vincent Horrors*, Nueva York, L. G. Stahl, 1902.
- HARRIS, William Richard, *Days and Nights in The Tropics*, Toronto, Morang & Co Limited, 1905.
- HEILPRIN, Angelo, *Mont Pelée and the Tragedy of Martinique: A Study of the Great Catastrophes of 1902, with Observations and Experiences in the Field*, Filadelfia-Londres, J. B. Lippincott Company, 1903.
- , *The Tower of Pelée: New Studies of the Great Volcano of Martinique*, Filadelfia-Londres, J. B. Lippincott Co., 1904.
- , *The Eruption of Pelée: a Summary and Discussion of the Phenomena and their Sequels*, Filadelfia, Geographical Society of Philadelphia, 1908.
- HESS, Jean, *La catastrophe de la Martinique. Notes d’un reporter*, París, Eugène Fasquelle, 1902.
- HOFFMAN, Susanna, y Anthony Oliver-Smith (eds.), *Catastrophe & Culture. The Anthropology of Disaster*, Santa Fe, School of American Research Press, 2002.
- JOS, Joseph, *Guadeloupéens et Martiniquais au Canal de Panama, histoire d’une émigration*, París, L’Harmattan, 2004.



- LACROIX, Alfred, *La montagne Pelée et ses éruptions*, París, Masson et Cie., 1904.
- MCCULLOUGH, David, *Un camino entre dos mares. La creación del canal de Panamá*, Madrid, Espasa, 2012 [1977].
- MORRIS, Charles, *The Volcano's Deadly Work. From the Fall of Pompei to the Destruction of St. Pierre. The Greatest Calamities of all History*, Filadelfia, International Publishing Company, 1902.
- PENSA, Henry, *La République et le canal de Panama*, París, Hachette, 1906.
- RENAUD, Maryse, *Relato de ceniza o La vida zarandeada de Cypris el superviviente de Martinica a Panamá*, Madrid, Verbum, 2016.
- ROUZET, Jacques, *Les grandes catastrophes en France*, Bruselas, Ixelles, 2009.
- STANTON, Jeffrey, "Coney Island. Disasters, Spectacles & Cycloramas", en <<http://www.westland.net/coneyisland/articles/shows.htm>> (consultado: 10 de febrero de 2018).
- SUTTER, Paul, "'Arrancarle los dientes al trópico': ambiente, enfermedad y el Programa Sanitario de los Estados Unidos en Panamá, 1904-1914", *Papeles de Población* 24, 2000, p. 61-93.
- TARDON, Raphaël, *La Caldeira. Reconstitution du Saint-Pierre d'avant l'éruption de 1902*, París, Fasquelle, 1948.
- TERÁN, Óscar, *Del Tratado Herran-Hay al Tratado Hay-Bunau Varilla*, Panamá, Imprenta Motivos Colombianos, 1934.
- URSULET, Léo, *Le désastre de 1902 à la Martinique*, París, L'Harmattan, 1997.
- WALTER, François, *Catastrophes: une histoire culturelle (XVIe- XXIe siècles)*, París, Seuil, 2008.

Hemerografía

Les Colonies, Saint-Pierre, Francia

La dépêche coloniale illustrée, París

The Evening News, San José (California)

Journal Officiel de la Martinique, Saint-Pierre

The Indianapolis Journal, Indianápolis



New York Herald, Nueva York

The New York Sun, Nueva York

El Nuevo Diario, Managua

La Patrie, Montreal

Le Petit Parisien, París

Películas

EDISON, Thomas, *Mt. Pelee Smoking Before Eruption (St. Pierre, Martinique)*, Edison Manufacturing Company, 1902 (Película muda, B&N, 1:37)

MÉLIÈS, Georges, *Éruption volcanique à la Martinique*, Manufacture de films pour cinématographes, también conocida como Star Film Company, 1902 (Película muda, B&N, 1:32)

ZECCA, Ferdinand, *La Catastrophe de la Martinique*, Pathé Films, 1902 (Película muda, B&N, 1:33)